

al otro lado del puerto oscuro

por adalber salas hernández

La última vez que vi a Mark Strand fue hace ya cinco años, el 9 de octubre del 2014. The New School había organizado un homenaje, un evento pensado para celebrar simultáneamente su cumpleaños –el número ochenta, nada menos– y la reciente edición de su poesía completa. El auditorio estaba repleto. No sólo estaban ocupados todos los asientos; había gente de pie por todas partes. Silencio y suspenso, incluso algo de tensión en el aire, como si esperáramos que sucediera algo, sin saber bien qué. Leyerón varios amigos de Strand –algunos de los cuales reconocí, como Jorie Graham o Charles Wright, a quien estaba traduciendo entonces–, escenificando una especie de antología viva, editada por todos y ninguno: cada quien leía los poemas que le resultaban más cercanos, aquellos que recordaba con mayor frecuencia. Era una curiosa manera de declarar que la obra de Strand ya no le pertenecía o, de hecho, nunca le había pertenecido. Que se debía a los lectores, a su memoria volátil, a su capricho o su criterio –que son casi siempre lo mismo.

Parecía uno de sus poemas. Una situación completamente normal, cotidiana, atravesada por una extrañeza que la subvertía. Casi como si, en medio de la lectura, fuera posible seguir el hilo tenue de un misterio, o como si los poemas fueran a sucederse interminablemente, en una suerte de espiral. Pero la lectura finalizó, seguida de aplausos, seguidos a su vez de ese momento incómodo en que el público se acerca a saludar.

Había conocido a Strand algunos años antes, a finales de marzo del 2011, durante su visita a Caracas. Me había tocado corregir las pruebas de la antología que acababan de publicarle allá. Antes de eso, su nombre apenas me resultaba vagamente familiar. Era de esos que cuelgan justo al borde de la memoria, como las pequeñas arañas que se aferran a las esquinas de las casas. Sabía que era un poeta importante, sabía que era estadounidense y poco más. Pero trabajar con aquellas pruebas me hizo adentrarme en una obra que, desde entonces, no dejaría de acompañarme. Ciertos elementos de su poética se volvieron, poco a poco y a su modo, parte de la mía –aunque esto yo no lo entendería sino varios años después. El singular componente narrativo, reducido a unas pocas acciones cargadas de un valor simbólico que las supera; la cualidad onírica que permea cada imagen, que abraza los objetos y los escenarios como una segunda piel; los espacios domésticos convertidos, de golpe, en el lugar de lo imprevisto; la mirada fija en lo menudo, en lo tozudamente normal, dispuesta a sorprender allí el signo de lo trascendente. Y en medio de todo, la ironía largamente destilada, la media sonrisa, el guiño.

Fue entonces cuando empecé a fantasear con traducir *Dark Harbor*, el libro que ha empezado a existir ahora como *Puerto oscuro*. Suerte de travesía dantesca al más allá que, sin embargo, da con su protagonista en un terreno baldío –viaje a una ultratumba sin dios, pero aún así poblada de ángeles y almas y, sobre todo, escenas, recuerdos propios y ajenos. Condensada y fina meditación sobre los finales, sobre todo lo que acaba, organizada en tercetos. Como si, enfrentado con la naturaleza a-poética de la muerte, con el límite mismo de lo significativo –con el fin del mundo, en una palabra–, Strand hubiera decidido poblar esa frontera con

personajes, metáforas, situaciones en las que el humor recurre para conjurar el horror de lo que termina.

Poco después de aquel homenaje en *The New School*, vi en el periódico que Strand había muerto. Es extraño topar con una noticia así. Los autores que uno ama están de antemano y para siempre vivos; enterarse de la muerte de uno de ellos es ilógico, inquietante: una situación completamente normal, cotidiana, atravesada por una extrañeza que la subvierte. Traducir *Dark Harbor* no fue solamente una labor emocionante, sino también una despedida. Un tributo discreto o, incluso, una manera de agradecer a Strand lo que su obra me ha dado. Un mensaje enviado con la esperanza de que lo reciba al otro lado del puerto oscuro.

